

Carisma de Domingo de Guzmán su experiencia y



su
proyecto

León, 6-20 de julio de 2001

I. EL ENCUENTRO DE DOMINGO CON LA PALABRA

1.- EL ESTUDIANTE QUE SE ENCUENTRA CON LAS ESCRITURAS

📖 “Al lado de los rasgos..., Jordán insiste sobre un punto y lo desarrolla: **Domingo experimenta con respecto a la Escritura una verdadera pasión.**

En Palencia dónde fue enviado para hacer estudios que nosotros llamaríamos profanos y que nosotros llamaríamos una especie de propedéutica, Domingo no duda en pasar al estudio de la teología por temor a perder su tiempo; él desea ante todo nutrirse de las Escrituras. Las estudia cuatro años, las introdujo en el “**santuario de su corazón**”- expresión que encontramos muy a menudo- las practica y adquiere así una comprensión profundizada “**en la humildad y la inteligencia de su corazón**”. De todo esto los que conocieron a Domingo en la edad madura no sabían gran cosa, sino que el amor de su Maestro y Padre por la Palabra es tal que no podían imaginar que no hubiese adquirido ese gusto muy temprano”.¹

📖 “Se remontó al estudio de la teología y *comenzó a quedarse pasmado en contacto con la Sagrada Escritura*, mucho más dulce que la miel para su paladar.

Se dedicó con tal avidez y constancia a agotar el agua de los arroyos de la Sagrada Escritura que, infatigable cuando se trataba de aprender, pasaba las noches casi sin dormir. La verdad que escuchaba, la guardaba en lo profundo de su mente y la retenía en su tenaz memoria. Y lo que por su talento comprendía con facilidad, lo regaba con piadosos afectos que fructificaban en frutos de salvación.

Porque abrazó los mandamientos del Señor con amor tan ferviente, y escuchó la voz del esposo con tan buena voluntad, el Dios de las ciencias (1 R 2,3) le acrecentó la gracia, a fin de hacerlo idóneo, no solo para beber leche (1 cor 3,2), sino para penetrar el arcano de las cuestiones más difíciles con la humildad de su inteligencia y de su corazón”.²

¹ J. R. Bouchet, O.P., Santo Domingo, p. 13. Edit. Cerf, París 1988

² L. Galmés y Vito T. Gómez. Santo Domingo de Guzmán. Fuentes para su conocimiento, p. 87. BAC.

Venderlo todo ...liberado para el amor y el servicio

☰ “Domingo está en Palencia. Estudia la Biblia con pasión. Sobreviene un hambre que asola el país. Domingo no es rico. Si quiere ayudar a los hambrientos, no le queda más que vender su Biblia. En la Edad Media un libro es una pequeña fortuna. Por otro lado, es un instrumento de trabajo y más precioso aún puesto que ha escrito en los márgenes o entre líneas los comentarios que él hacía. *Sin embargo, ha llegado el momento de poner en práctica lo que ha aprendido en el libro mismo: “vende todo lo que tienes”, todo...* Fray Esteban lo cuenta con este comentario: “No quiero estudiar sobre pieles muertas, mientras que los hombres mueren de hambre”³.

☰ “Por el tiempo en que continuaba estudiando en Palencia, se desencadenó una gran hambre por casi toda España. Entonces él, conmovido por la indigencia de los pobres y ardiendo en compasión hacia ellos, **resolvió con un solo acto**, obedecer los consejos del Señor, y reparar en cuanto podía la miseria de los pobres que morían de hambre. *Vendió, pues, los libros que tenía, aunque le eran muy necesarios, con todo su ajuar fundando una cierta limosna; distribuyó y donó lo suyo a los pobres*”⁴.

☰ “No le faltaba ciertamente la virtud de la caridad, por nadie poseída en mayor grado, que por aquél que da la vida por sus amigos (Jn 15,13). En cierta ocasión invitaba con piadosas exhortaciones *a un hereje* para que volviera al regazo verdadero de la madre Iglesia. Este invocó en su respuesta la necesidad material que le obligaba a permanecer en el grupo de los infieles, pues los herejes corrían con sus gastos imprescindibles y ese pago no lo podía esperar de otra parte. Al momento, *compadecido desde lo más íntimo de su corazón, determinó venderse a sí mismo*, y a precio de su libertad, redimir la pobreza de un alma en peligro. Lo hubiera hecho, si el Señor, que es rico para con todos, no le saliera al paso de otro modo para remediar la indigencia de aquel hombre”⁵.

☰ “Dijo también, que se mostraba amable con todos, ricos y pobres, judíos y gentiles, de los que hay muchos en España; advirtió que era amado por todos, a excepción de los herejes y de los enemigos de la Iglesia...”

³ J. R. Bouchet, O.P., Santo Domingo, p. 15. Edit. Cerf, París 1988

⁴ L. Galmés y Vito T. Gómez. Santo Domingo de Guzmán. Fuentes para su conocimiento, p. 95. BAC.

⁵ Ib p. 87

2. - DEDICADO AL SERVICIO DE LA PALABRA

☞ “Al punto, de ser nombrado canónigo en Osma por su obispo, comenzó a brillar entre los canónigos con resplandor extraordinario; se consideraba el último por la humildad pero era el primero en santidad, hecho para todos perfume de vida que conduce a la vida... Le nombraron subprior del cabildo de Osma. (...) Como olivo fructífero y ciprés que se eleva en lo alto pasaba los días y las noches en la iglesia dedicado sin descanso a la oración; y como si quisiera recuperar el tiempo dedicado a la contemplación, apenas se dejaba ver fuera del recinto monástico. Dios le había otorgado la gracia particular de llorar por los pecadores, por los desdichados y los afligidos; **sus calamidades las gestaba consigo en el santuario de su compasión, y el amor que le quemaba por dentro, salía bullendo al exterior en forma de lágrimas.**

Era costumbre muy frecuente en él pernoctar en oración; cerrada la puerta oraba a su Padre (Mt 6,6). Algunas veces mientras oraba, solía emitir gemidos que le salían de lo hondo de su corazón... Hacía frecuentemente a Dios una súplica especial: *que se dignara concederle la verdadera y eficaz caridad, para cuidar con interés y velar por la salvación de los hombres. Pensaba que solo comenzaría a ser de verdad miembro de Cristo, cuando pusiera todo su empeño en desgastarse por ganar almas (1 Co 9,19) al modo como el Señor de todos, se inmoló totalmente por nuestra salvación”⁶*

☞ Por aquel tiempo el obispo de Osma llevó en su compañía a Domingo, subprior de su Iglesia. Poniéndose en camino, llegaron a Toulouse.

“Cuando supo que los habitantes de la región eran herejes desde hacía ya algún tiempo, comenzó a compadecerse de tantas almas engañadas miserablemente. *En la misma noche* en que fueron alojados en la mencionada ciudad, el subprior mantuvo con calor y firmeza una larga disputa con el hospedero de la casa que era hereje. No pudiendo aquel hombre resistir la sabiduría y el espíritu con que hablaba, le recuperó para la fe, con la ayuda del espíritu divino” .

☞ “Algunas veces el Padre Santo Domingo, estando en el convento, permanecía en pie, erguido ante el altar; mantenía su cuerpo derecho sobre los pies, sin apoyarse ni ayudarse en ninguna parte. A veces tenía las manos extendidas a modo de libro abierto; y así se mantenía con mucha reverencia y devoción, como si leyera ante el Señor. *En la oración se le veía meditar la Palabra de Dios*, y como si la relatara dulcemente para sí mismo.

⁶ L. Galmés y Vito T. Gómez. Santo Domingo de Guzmán. Fuentes para su conocimiento, p. 88. BAC.

Si cuando iba de camino hurtaba pronto a escondidas algún tiempo para orar, su mente en vela continua, tendía al momento hacia el cielo; luego le oírías pronunciar con gran dulzura y delicadeza algunas palabras sacadas del meollo y de lo más sustancial de la Sagrada Escritura; *parecía que las había sacado de las fuentes del Salvador*. Los frailes se animaban mucho con su ejemplo, contemplando a su Padre y Maestro; se disponían con mayor devoción a orar” ⁷

☞ “Dijo también que era compasivo con el prójimo y deseaba muy ardientemente su salvación; predicaba con mucha frecuencia y, por todos los medios que podía, animaba a los frailes y los enviaba a predicar, rogando y amonestando que fueran solícitos de la salvación de las almas. Con gran confianza en Dios enviaba también a los sencillos a predicar, diciéndoles: *Id tranquilamente, porque el Señor os comunicará las palabras que hayáis de predicar; Él estará con vosotros y no os faltará nada*”.



⁷ L. Galmés y Vito T. Gómez. Santo Domingo de Guzmán. Fuentes para su conocimiento, p. 220. BAC.

Pasión por el estudio: dedicación

☞ “Dijo también que Fray Domingo aconsejaba y exhortaba con frecuencia a los frailes de la Orden, con su palabra y por medio de cartas *para que estudiaran constantemente en el Nuevo y Antiguo Testamento*. Esto lo sabe porque se lo escucho decir, y vio sus cartas. Dijo también que *llevaba siempre consigo el Evangelio de San Mateo y las cartas de San Pablo*; estudiaba mucho en estos escritos, hasta el punto de que se los sabía casi de memoria”.

☞ “Dijo también que yendo de camino, a casi todos los que le acompañaban les quería exponer, por sí o por otros la palabra de Dios; mientras viajaba quería siempre disertar o hablar de Dios, o enseñar, leer o orar”.

“Estando de camino, cuando llegaba a un lugar donde tenían convento los frailes, no iba a descansar, como hacen algunos, sino que, convocándoles, les hacía una exhortación y les exponía la palabra de Dios, proporcionándoles un gran consuelo”.

☞ Nuestro Padre Santo Domingo tenía otro modo de orar, hermoso, devoto y grato para él, que practicaba tras la recitación de las horas canónicas, y después de la acción de gracias que se hace en común por los alimentos recibidos. El mesurado y piadoso Padre, impulsado por la devoción que le había transmitido la palabra de Dios cantaba en el coro o en el refectorio, se iba pronto a estar solo en algún lugar, en la celda o en otra parte, para leer u orar, permaneciendo consigo y con Dios. Se sentaba tranquilamente y, hecha la señal protectora de la cruz, abría ante sí algún libro; leía y se llenaba su mente de dulzura, como si escuchara al Señor que le hablaba, en conformidad con lo que se dice en salmo: *Voy a escuchar lo que dice el Señor*, etc., (Sal 84,9). Y, como si debatiera con un acompañante, aparecía, ora impaciente, a juzgar por sus palabras y actitud, ora tranquilo a la escucha; se le veía disputar y luchar, reír y llorar, fijar la mirada y bajarla, y de nuevo hablar bajo y darse golpes de pecho. Si algún curiosa quisiera observarle a escondidas, el Padre Santo Domingo se le hubiera asemejado a Moisés, que se adentró en el desierto, llegó al monte de dios Orbe, contempló la zarza ardiendo y oró con el Señor, y se humilló a sí mismo (Gen 3, 1-6). *Este monte de Dios, ¿no es como una imagen profética de la piadosa costumbre que tenía nuestro Padre, de pasar fácilmente de la lectura a la oración, de la oración a la meditación, y de la meditación a la contemplación?*

A lo largo de esta lectura hecha en soledad, veneraba el libro, se inclinaba hacia él, y también lo besaba, en especial si era el códice del evangelio, o si leía palabras que Cristo había pronunciado con su boca. A veces ocultaba el rostro cubriéndose con una

capa, o escondía la cara entre sus manos, velándola un poco con la capucha; lloraba lleno de congoja y de dolor; y también, como si agradeciera a un alto personaje los beneficios recibidos, se levantaba un poco con toda reverencia e inclinaba su cabeza; plenamente rehecho y tranquilo, leía de nuevo el libro.

Valora el conocimiento de Jesucristo por encima de todo

☞ “Dijo También que era asiduo y solícito en la predicación... Dijo igualmente que su costumbre era siempre la de hablar con Dios, o de Dios, en casa, fuera de casa, o de viaje. Exhortaba a sus frailes a hacer lo mismo, y lo puso en sus constituciones. Sabe esto porque lo vio, estuvo presente, lo oyó y vivió con él. Dijo también que era asiduo y devoto en la oración, más que todos os hombres que haya conocido. Tenía esta costumbre: después de completas y de la oración común de los frailes, los hacía entrar en el dormitorio, pero él permanecía en la iglesia en oración. Con mucha frecuencia pasaba la noche en oración hasta la hora de maitines; sin embargo durante el oficio de maitines permanecía en pie, yendo y viniendo de una parte a otra del coro, exhortando a los frailes y pidiendo que cantaran en voz alta y con devoción.”⁸

☞ “Observaba este modo de orar al trasladarse de una región a otra, especialmente cuando se encontraba en lugares solitarios; pasaba el tiempo meditando, es decir, en contemplación. Decía a veces a su compañero de camino: “Está escrito en el libro de Oseas: ‘La llevaré al desierto y le hablaré al corazón’ (Os 2, 14). En ocasiones se apartaba de su compañero y se le adelantaba, o bien con más frecuencia le seguía de lejos; así caminaba solo y oraba; se encendía en la meditación, o dicho de otro modo, se abrasaba en fuego. Llegaba en este modo de oración a hacer gestos como para apartar de su cara pavesas o moscas; por esto se protegía con frecuencia con la señal de la cruz.

Pensaban los frailes que en este modo de orar había alcanzado el Santo la plenitud de conocimiento de la Sagrada Escritura, la inteligencia de lo más sublime de la palabra de Dios, un poder audaz de predicar fervientemente, y una secreta familiaridad con el Espíritu Santo para conocer las cosas más ocultas”⁹.

⁸ L. Galmés y Vito T. Gómez. Santo Domingo de Guzmán. Fuentes para su conocimiento, p. 167. BAC.

⁹ L. Galmés y Vito T. Gómez. Santo Domingo de Guzmán. Fuentes para su conocimiento, p. 220. BAC.

3. LA PALABRA ESCRITA SE CONVIERTE PARA DOMINGO EN EL ROSTRO VIVO DEL CRUCIFICADO

📄 “La carrera de la caridad atraviesa toda la vida de Domingo, mas no como un mero sentimiento humano, sino como una profunda virtud evangélica. **Y es que la fuente última y la raíz definitiva de la caridad de Domingo es la contemplación de Cristo Crucificado, el que se entregó para redención de muchos.** Fray Angélico gusta pintar a Domingo abrazado a la Cruz de Cristo. Es la actitud constante de Domingo que quiere transmitir a todos los que le acompañan: **“Vamos, dice a sus compañeros de ruta, pensemos en nuestro Salvador”**. Esta es la fuente de la caridad, de la compasión, de la misericordia de Domingo. Allí, contemplando la Cruz de Cristo, descubre Domingo, no un mero sufrimiento buscado o soportado estoicamente, sino el supremo holocausto, la entrega total de la propia vida por amigos y enemigos. Y aquí descubre el supremo testimonio de caridad y compasión. Por eso, para Domingo, seguir a Cristo es imitarle en la escuela de la caridad, en la entrega de la propia vida para la salvación de la humanidad.

Y si la escuela de la caridad es para Domingo la escuela del seguimiento de Cristo, también es la fuente de toda su sabiduría. *A los pies de Cristo Crucificado y en la escuela de la caridad ha aprendido Domingo todo lo que sabe de importante.* A un estudiante que le pregunta, interesado y sorprendido por tanta sabiduría, donde había estudiado, Domingo le respondió: “Hijo, estudio más que en ningún otro en el libro de la caridad, porque este lo enseña todo”.

La caridad aprendida a los pies del Crucificado no termina ahí. Se intensifica en contacto con la humanidad doliente. Los hombres concretos crucificados con la pobreza, con la cautividad, con el hambre, con la ignorancia, con la herejía con el pecado... serán la parcela privilegiada de la caridad de Domingo. En ellos desemboca y en ellos se intensifica la lección de la caridad aprendida mientras contempla al Cristo Crucificado. Por eso, la caridad de Domingo se expresa específicamente en la compasión, el sentimiento y la virtud más característica de su vida y de su personalidad”¹⁰.

¹⁰ F. Martínez. Domingo de Guzmán, Evangelio viviente. Ed. San Esteban. Salamanca

La verdad se expresa en el amor del Crucificado

📖 Jordán constata en Domingo una gracia especial de oración por todos los desgraciados: pobres, pecadores, afligidos, que él lleva en el santuario íntimo de su dejaron de subrayar esta actitud: Ventura hace notar “que el bienaventurado Domingo compasión. Los más cercanos a él, en el transcurso del proceso de canonización, no estaba lleno de celo por la salvación de las almas, que su caridad y su compasión no se extendía solamente a los fieles, sino incluso a los infieles, a los paganos y hasta a los condenados del infierno; lloraba mucho por este motivo”. Se recuerda también el testimonio de Guillermo Peyre, en Toulouse, que refiere: “Cuando estaba en oración, gritaba tan fuerte que se le podía oír en los alrededores y decía en su clamor: ¡Señor, ten piedad de tu pueblo! ¿Qué va a ser de los pecadores? Pasaba así noches enteras, llorando y gimiendo por los pecados de los demás.”

¿Cómo definir este carisma que Jordán y los hermanos atribuyen a Domingo? No es solamente un estilo de oración, se podría hablar de intercesión universal: ahí él induce un nuevo estilo de relación con el prójimo. La compasión no se ejerce solamente en la oración, sino que se expresa en los contactos, en las relaciones: “*Porque él amaba a todo el mundo, todo el mundo le amaba*”, “*se colaba fácilmente en la amistad de todos*”, escribe Jordán, y los hermanos defienden a porfía sus dones de consolador.

La continuación del texto de Jordán de Sajonia nos da la clave: Pensaba que no sería verdaderamente miembro de Cristo hasta el día en que se diera totalmente a ganar almas, como el Señor Jesús, Salvador de todos los hombres, ofreciéndose totalmente en oblación por nuestra salvación.

En sus noches de oración, **Domingo** no se contenta con revisar los encuentros que ha tenido durante el día. **Contempla la faz de Cristo, el Crucificado**. Se observará que en las miniaturas de “las maneras de orar” de Santo Domingo, cualquiera que sea la postura que toma, está representado ante una imagen del Crucificado. Hay que recordar también que las *Vidas de los Hermanos*, con frecuencia hacen alusión al Crucificado pintado en las paredes de cada celda; el mismo Jordán, en las cartas que dirige a Diana, habla del Crucificado como de un libro: *el libro de vida en el que se aprende la ley del amor*. Libro del arte de amar dicen las *Vidas de los Hermanos*, la Cruz o mejor el Crucificado son quizás el trasfondo de esta respuesta de Domingo al estudiante que le preguntaba de dónde sacaba tantas cosas bellas en su predicación: del libro de la caridad.

Domingo en oración contempla pues al Salvador, y es en la misma hondura de contemplación en la que tiende al Espíritu, a la unión de los corazones o de los sentimientos, el lugar en el que brota esta intercesión universal. Allí donde otros

maestros espirituales descubren el silencio y la noche –o la luz-, Domingo descubre la humanidad. No es cuestión de grado, sino de gracia. Este don, porque viene de Dios, de Cristo, no excluye a ningún hombre, ni siquiera a los condenados del infierno.

Una costumbre, o una tradición de la Iglesia antigua, excluía en efecto de la oración cristiana toda una categoría de hombres y de mujeres; aquí, nada de eso; al contrario, una intercesión universal que no olvida a ninguno de aquellos para los cuales Cristo ha deseado la salvación. Domingo se inscribe en una línea de autores espirituales entre los que se puede contar Policarpo, Macario el Grande, Isaac el Sirio, San Martín -no hablo de los teólogos como Orígenes-, los espirituales rusos de los dos últimos siglos como Silouane de Athos para los cuales la intercesión, nacida de la comunión con Cristo, no sabría rechazar a nadie, incluso al que, aparentemente, a las miradas humanas, pareciera el más irremediabilmente perdido. ¿No es una intuición parecida la que se va a encontrar en Catalina de Siena, cuando hace decir al Padre: “Yo quiero tener misericordia del mundo?” “Aquellos que han sido juzgados dignos de llegar a ser hijos de Dios y de nacer del Espíritu Santo, llegan a llorar y a afligirse por todo el género humano. Rezan por toda la humanidad vertiendo lágrimas, abrasados como están de amor espiritual por toda la humanidad; además de nuevo, el Espíritu produce tal alegría y tal impulso de caridad en ellos que quisieran, si fuera posible, meter en su corazón a todos los hombres sin distinguir los malos de los buenos”

Las observaciones de Jordán van más lejos aún que el testimonio de Guillermo Peyre: cuando este último evoca el grito a favor de los pecadores, que quizás él ha oído, Jordán habla de una petición de Domingo de cara a obtener, él mismo, una caridad verdadera y eficaz en su favor. No es cuestión en efecto de recordar a Dios pecados que Él habría olvidado. Se le ruega que derrame en nuestros corazones el amor que tiene por ellos. Y esta oración se traduce, debe traducirse, en amor concreto. De otro modo no ha terminado.

En el pasaje, Jordán señala que Domingo lee las *Conferencias de Casiano*, el clásico de la espiritualidad del tiempo, y que adquiere una gran pureza de corazón. Lo que saben los testigos y los contemporáneos, es que en esta escuela Domingo no busca ni aprende la impasibilidad recomendada por el maestro, sino la libertad de abandonarse en lo sucesivo sin trabas, a la misericordia. “¿Qué es un corazón purificado? Es un corazón lleno de misericordia por toda la creación”¹¹.



¹¹ J. R. Bouchet, O.P., Santo Domingo. Edit. Cerf, París 1988

II. DOMINGO ENCUENTRA LA HEREJÍA

1.- AL SERVICIO DE LA VERDAD

Semblanza de Santo Domingo

☞ “Por lo demás, había en él algo mucho más resplandeciente y grandioso que los milagros; era tan limpio en su conducta, y estaba impulsado por tal ímpetu de fervor divino que, sin ningún género de duda, quedaba patente que era un vaso de honor (Rom 9, 21) y de gracia, un vaso adornado con todo género de piedras preciosas. Había en él una igualdad de ánimo muy constante, a no ser que se conmoviera por la compasión y la misericordia.

Y como el corazón alegre alegra el semblante, el sereno equilibrio del hombre interior, aparecía hacia afuera en la manifestación de su bondad y en la placidez de su rostro. Mantenía tal firmeza de ánimo en aquellas cosas que comprendía razonablemente que debían llevarse a cabo en conformidad con la voluntad de Dios, que rara vez o nunca accedió a cambiar una decisión, tomada tras madura deliberación. El testimonio de su buena conciencia, como queda dicho, resplandecía siempre en la serena placidez de su semblante, sin que palidciera la luz de su rostro.

Por todo esto, se atraía con facilidad el amor de todos; apenas le veían, se introducía con facilidad en su corazón. Dondequiera que se encontrara, de viaje con los compañeros, en alguna casa con el hospedero y demás familia, entre la gente noble, príncipes y prelados, le venían en abundancia palabras edificantes y multiplicaba los ejemplos con los que orientaba el ánimo de los oyentes al amor de Cristo. En su hablar y actuar se mostraba siempre como un hombre evangélico. Durante el día, nadie más afable con los frailes o compañeros de viaje; nadie más alegre.

Durante la noche, nadie más perseverante en velar en oración. Por la noche se detenía en el llanto, y por la mañana en la alegría. Consagraba el día a su prójimo, y la noche al Señor, convencido como estaba de que el Señor ha enviado durante el día su misericordia y de noche su cántico. Lloraba muy abundantemente y con mucha frecuencia, las lágrimas fueron para él su pan de día y de noche. De día sobre todo cuando celebraba, con frecuencia o diariamente la misa solemne; de noche, cuando velaba más que nadie en sus viglias.

Daba cabida a todos los hombres en su abismo de caridad; como amaba a todos, de todos era amado. Hacía suyo el tema de alegrarse con los que se alegran y llorar con los que lloran. Inundado como estaba de piedad, se prodigaba en atención al prójimo y en compasión hacia los más necesitados. Otro rasgo le hacía gratísimo a todos: el de avanzar por un camino de sencillez, sin mostrar nunca vestigio alguno de duplicidad o de ficción, tanto en palabras como en obras.

“Verdadero amante de la pobreza, usaba vestidos baratos. Su moderación en la comida y bebida era muy grande; evitaba lo exquisito y se contentaba de buena gana con una comida sencilla. Tenía un firme dominio de su cuerpo. Tomaba el vino de tal modo mezclado con agua que, mientras satisfacía su necesidad corporal, nunca debilitaba su delicado y fino espíritu”.¹²

ALABAR
ALABAR

BENDECIR
BENDECIR

BENDECIR
BENDECIR

¹² L. Galmés y Vito T. Gómez. Santo Domingo de Guzmán. Fuentes para su conocimiento, p.119. BAC.

El principio animador del Proyecto de Santo Domingo

📖 Los primeros seguidores de Domingo nos presentan al santo como un **"varón evangélico"**. "En todas partes -escribe el Beato Jordán- sus palabras y sus obras manifestaban al varón evangélico". En estas palabras encontramos la síntesis de la personalidad de Domingo y del ideal que dejó en herencia a su Orden. Domingo, varón evangélico, es presentado por sus compañeros como un hombre muy celoso por la salvación de sus hermanos; asiduo en la oración; animado por un gran espíritu de penitencia; amante de la pobreza y de la vida común; observante de la Regla; discreto, paciente, pacífico, amable, misericordioso. Estas cualidades, que definen el carácter de Santo Domingo, nos servirán de guía en nuestro estudio.

Preguntémonos, ante todo, ¿cuál es el principio vital que anima el proyecto de Domingo? El alma que informa la vida de los santos es la caridad. La caridad es la gran fuerza que los empuja; es la luz que los guía en su trabajo. La caridad es el principio general que anima la espiritualidad de las distintas familias religiosas. Sin embargo, la caridad, en su principio y en su objeto, varía según los diversos modos con los cuales el hombre busca servir a Dios y a sus hermanos.

Además en Domingo el amor a Dios asume un carácter particular. El amor a Dios en Domingo es, sobre todo, **amor de la verdad divina; es la "caridad de la verdad"**. Este amor es la idea fundamental que mueve y guía toda su vida y hace de él un contemplativo y un apóstol. Cristo, Verbo encarnado, sabiduría y revelación del Padre, "luz que ilumina a todo hombre" (Jn 1, 9), es el centro de la vida de Domingo, el objeto de sus deseos, el alma de su actividad apostólica.

El carisma propio de Domingo y de la Orden podemos concretarlo en la "palabra de sabiduría", de la que nos habla el apóstol San Pablo en su carta a los fieles de Corinto (1 Cor 12, 8). La "palabra de sabiduría" es el don de conocer y de hacer conocer los más altos misterios de la fe, de conocer y hacer conocer aquella "sabiduría misteriosa y escondida, destinada por Dios desde antes de los siglos para nuestra redención... y que nos ha dado a conocer por medio del Espíritu" (1 Cor 2, 6 ss.).


"Cada Orden - dice el Señor a Santa Catalina de Siena- resplandece por el brillo de alguna virtud particular... si bien todas las virtudes reciben la vida de la caridad... Tu padre Domingo ha querido que sus hermanos no tuvieran otro pensamiento que el honor mío y la Salvación de las almas, mediante la luz de la sabiduría. Y es precisamente de esta luz que él ha hecho el objetivo principal de su Orden, con miras a extirpar los errores difundidos en su tiempo. El tomó el oficio del Verbo, mi Hijo Unigénito. En el mundo aparecía un apóstol; con tanta verdad y luz sembraba mi palabra, disipando las tinieblas y proyectando la luz. El fue un faro que yo puse en el mundo por medio de María...".

La "caridad de la verdad" expresa la esencia del propósito de Santo Domingo. Es el estilo dominicano de amar a Dios; constituye, por lo mismo, el rasgo específico de los hijos de Domingo y el principio animador de toda su vida: una vida consagrada al culto de la verdad. La verdad amada, estudiada, contemplada, vivida, predicada y defendida.

El lema que encontramos en el escudo de la Orden: **VERITAS**, contiene en sí el programa de la vida dominicana, toda su razón de ser, toda su historia. La auténtica historia de la Orden es la historia de la fidelidad al ideal de Santo Domingo. Sus protagonistas, son los apóstoles de la VERDAD: los grandes predicadores y misioneros de todos los tiempos, son los maestros de la verdad: desde Santo Tomás hasta los grandes teólogos contemporáneos; son los mártires de la verdad: desde San Pedro de Verona hasta los mártires de nuestros días.

Ahora bien, si la inspiración surge en Domingo de la necesidad de su tiempo, su ideal empero es perenne, porque no está ligado a un momento histórico particular. El conocimiento y la difusión de la verdad es la tarea principal del cristiano de todos los tiempos, puesto que es la tarea que se fijó Cristo, quien vino al mundo "para dar testimonio de la verdad" (Jn 18, 37).

La contemplación de la Verdad

 La idea de Domingo se halla sintetizada en la fórmula de Santo Tomás: "Contemplar y transmitir a los demás lo contemplado": contemplar, alcanzar la verdad en la escucha y en la comunión con Dios, y compartir con los demás el fruto de la propia contemplación. El programa de Domingo es el mismo que se propusieron los apóstoles: **"nosotros nos dedicaremos a la oración y al ministerio de la palabra,"** (Hechos 6, 4).

"La vida propia de la Orden -se lee en la Constitución fundamental de la Orden- es la vida apostólica en sentido pleno; una vida en la cual la predicación y la enseñanza deben brotar de la abundancia de la contemplación".

Dos son los momentos esenciales de la vida de los hijos de Santo Domingo: la conquista de la verdad y la donación de la misma. Son dos momentos inseparables, puesto que el uno tiene su razón de ser en el otro: la conquista de la verdad desemboca en la predicación y en el anuncio de la Palabra; el anuncio procede de la plenitud de la contemplación.

El dominico es, ante todo, un contemplativo. Antes de ser maestro, es discípulo de la verdad; antes de ser padre y generador de la verdad en los otros, él mismo es engendrado por la verdad. El vive "la verdad en el amor -como lo dice San Pablo - con miras a crecer en todo hasta Aquel que es la cabeza, Cristo" (Ef 4, 15). Vivir en

sí mismo la verdad evangélica es requisito previo para hacer crecer a los demás hacia Cristo.

“El fraile predicador - escribe el Beato Humberto de Romanis- alcanza en la contemplación lo que después transmite en la predicación... razón por la cual, cuanto uno es más contemplativo, tanto más es dado a la predicación”.

"El predicador de la palabra de Dios -exhorta el Beato Juan de Vércelli- medite día y noche la ley del Señor y procure alcanzar abundantemente en las fuentes de la Sagrada Escritura la verdad que deberá comunicar para la salvación del prójimo”.

HABLABA CON DIOS O DE DIOS

La contemplación don del Espíritu

📖 El dominico debe dedicarse al estudio asiduo de la Doctrina Sagrada. Con todo, la verdad que él ama y que constituye su pasión y su vida no es la fría verdad que busca la inteligencia humana, sino la verdad completa: Cristo, la verdad que salva. Se trata de la verdad madurada en el estudio, hecha viva y concreta en la meditación, asimilada y vivida en la contemplación propiamente dicha.

La sabiduría divina no es la sabiduría que se puede adquirir con la fuerza de la razón, ni siquiera con la investigación teológica iluminada por la fe. Es la sabiduría infusa, un don de Dios a los santos, sus amigos: a quienes viven en perfecta comunión con El; es conocimiento lleno de amor que los hace idóneos para penetrar en los misterios de Dios y también para hacer conocer y amar a Dios a los demás.

Hablando de la “misión” del Verbo, Santo Tomás escribe: "el Hijo no es enviado al alma con miras a un perfeccionamiento cualquiera de la inteligencia, sino para que adquiriera un conocimiento que prorrumpe en afecto de amor, tal como se lee en San Juan: “todo el que escucha al Padre y recibe su enseñanza, viene a mí” (Jn 6, 45). Por esta razón, acertadamente dice Agustín que “el Hijo es Enviado cuando llega a ser conocido y percibido por alguien”; de hecho la percepción significa un cierto conocimiento experimental, y este conocimiento se llama “sabiduría”, como si dijéramos un “saber sabroso”.

La contemplación infusa es un conocimiento intuitivo, un conocimiento vivo y concreto de Dios, que tiene su principio y su término en el amor. No es una simple elevación de la mente a Dios, ni una consideración especulativa de la verdad

divina; su objeto no es tanto Dios como creador, causa primera y último fin, sino Dios en cuanto Padre; es Dios que me ha amado tanto hasta el punto de enviar a su propio Hijo... es Cristo, mi hermano y salvador, que sufrió y murió por mí... es Dios, fuente de mi felicidad. Si bien, la contemplación es un acto de la inteligencia humana, es también efecto de un acto de amor, de una comunión vital con Dios que desborda en un aumento de amor.

Para Santo Tomás, la contemplación es "una simple intuición de la verdad divina, que tiene su origen en la caridad". Ella procede de una fe viva, fortalecida por los dones del Espíritu Santo, por los dones de inteligencia, sabiduría y ciencia. Los dones del Espíritu Santo perfeccionan cada una de las virtudes morales y teologales e imprimen en ellas un dinamismo sobrenatural, que amplía el horizonte de la vida espiritual. Ellos "disponen al hombre para secundar con prontitud la inspiración divina". "Por los dones -añade Santo Tomás- el hombre se configura a Dios y se halla habilitado para el bien obrar y puesto en el camino de la bienaventuranza".



Interpreta correctamente la fe de la Iglesia

📖 “Cercano a los hombres, Domingo está igualmente cercano a Cristo. Desde el misterio de Cristo contempla él el misterio de la humanidad, hecho de gracia y de pecado. *La contemplación de Jesucristo Salvador y del misterio de la Redención que ha tenido lugar en Cristo es el centro de la espiritualidad de Domingo. Desde su amor a Cristo Crucificado contempla y comprende, en toda su dimensión, el drama de la humanidad. La Cruz de Cristo se convierte para Domingo en una verdadera revelación de su vocación apostólica.* Ahí descubre él el don de la salvación ofrecido a la humanidad y la urgencia de esa salvación desconocida, más que rechazada, por la misma humanidad. La Cruz de Cristo y el drama contemplado en medio de los hombres de los hombres son dos caras de un mismo misterio: el misterio de la salvación. *¿Dónde está la raíz de ese desconocimiento de la verdadera salvación ofrecida por Dios en Cristo? Domingo intuye enseguida la respuesta: En la ausencia o deficiencia de la predicación.*

Predicación y salvación de las almas: son dos componentes esenciales de la idea fundacional de Domingo. El amor a Cristo Salvador y el amor a los hombres han puesto a Domingo en camino hacia este descubrimiento de la medular relación que existe entre esos dos componentes de la Orden de Predicadores. El Fundador tiene ya claro el fin, la meta, el propósito de su proyecto fundacional.

Domingo es, además, un hombre de Iglesia. Nacido en un hogar de raigambre cristiana, levantado en una región de destacada prestancia eclesial, iniciado en asuntos eclesiásticos por su tío clérigo en Gumiel de Hizán, cercado de inquietudes reformadoras de la Iglesia en Palencia, metido de lleno en la corriente eclesial en el cabildo de Osma, militante por la causa de la () Domingo ha ido acrecentando su sentido de iglesia y su compromiso de fidelidad a la Iglesia.

Su amor a la iglesia es característica destacada de su personalidad y tiene mucho que ver con su empeño fundacional. Comprende que todos los carismas brotan de la Iglesia y tienen validez en la medida en que contribuyen a la edificación de la Iglesia.

...Por encima de todo, Domingo ama a la Iglesia, la ama tanto más, cuanto más postrada se encuentra. Su Orden no va a ser un nuevo grupo anárquico y cismático separado de la Iglesia y enfrentado con la Iglesia. Va a ser precisamente un órgano al servicio de la Iglesia Universal, bajo la autoridad suprema del Papa. Es un nuevo rasgo de la fundación dominicana.

En todo caso hay algo más que estrategias. La sensibilidad eclesial de Domingo está inspirada por profundas convicciones teológicas sobre la naturaleza de la Iglesia. La Iglesia es el sacramento de la salvación cristiana. La acción salvífica de Dios en Cristo pasa necesariamente por la comunidad cristiana. Este sentido de iglesia que impregna la personalidad de Domingo es componente esencial de la Orden por él fundada”.

Ejercita criterios auténticos de discernimiento

Estudio y contemplación

📖 El estudio de la verdad sagrada ocupa un puesto muy importante dentro de las observancias regulares en la Orden Dominicana. La "caridad de la verdad" antes de ser donación es conquista de la verdad. Y la verdad se conquista normalmente mediante un estudio asiduo.

Santo Domingo fue el primero de los fundadores de órdenes religiosas que consideró el estudio como un elemento esencial de la vida religiosa. Tanto que el Beato Humberto podía escribir: "Si para las otras órdenes el estudio es conveniente, para los frailes predicadores es un deber" .

La importancia del estudio en la vida dominicana deriva de su gran valor en función de la realización del proyecto de Santo Domingo. El estudio asiduo de la sagrada Doctrina es para el dominico un valioso instrumento para la formación del contemplativo y del apóstol. Esto implica una búsqueda apasionada de la verdad y un conocimiento de los misterios de Dios en función de la contemplación y del ministerio apostólico.

Si la mortificación elimina los obstáculos y dispone el ánimo para el encuentro con Dios, llevándolo hasta los umbrales de la contemplación, el estudio lo introduce en el templo en que el alma se encuentra con Dios.

La especulación teológica ofrece al contemplativo aquellas verdades abstractas, que en el íntimo contacto con Dios serán transformadas en ideas vivas y concretas destinadas a vivificar la acción apostólica. "El estudio de la verdad sagrada -escribe Santo Tomás- es necesario a la vida religiosa sobre todo porque ayuda a la vida contemplativa". El estudio ayuda a la contemplación de dos maneras: directamente en cuanto ofrece la verdad divina, objeto propio de la contemplación; indirectamente en cuanto ofrece el control de la fe ayudando a evitar peligrosas desviaciones. El ejercicio del estudio no sustituye la inspiración del Espíritu Santo, sino que prepara la ulterior iluminación y la libra de los peligros del error y de la ilusión.

A la contemplación propiamente dicha - "a la intuición simple de la verdad"- se llega a través de un proceso de interiorización que va del estudio a la oración y de esta a la meditación.

Para Santo Domingo el estudio era siempre una introducción a la contemplación. **"Cuatro años pasó en este sagrado estudio -escribe Jordán de Sajonia- durante los**

cuales, el afán de abrevarse en los arroyuelos de las Santas Escrituras hacía esforzarse con tal tenacidad y constancia, que la misma pasión por aprender le impulsaba a pasar las noches casi insomnes y la verdad que captaba, grabada profundamente en su inteligencia, era retenida fijamente en su prodigiosa memoria. Aquella perspicacia de ingenio, fertilizada con piadosos afectos, germinaba en frutos de salvación”.

Objeto de su estudio y meditación eran especialmente el Evangelio y las Cartas de San Pablo, que llevaba siempre consigo y que “sabía casi de memoria”. Otro libro particularmente apreciado por Domingo era el de, las “Colaciones de los Padres”, un tratado sobre la perfección espiritual y los vicios. “Este libro con la ayuda de la gracia -dice Jordán de Sajonia - lo condujo a una ardua pureza de conciencia, a un alto grado de contemplación y de perfección”.

Para el dominico el estudio nunca es un obstáculo para la oración. En la vida dominicana el estudio y la oración se integran recíprocamente: se estudia para orar mejor y se ora para obtener mayor luz en el estudio y para estudiar con mayor asiduidad. Así el estudio se convierte en oración. Cuando la ciencia está ordenada a Dios -escribe Santo Tomás- “acrecienta la devoción”. *Por eso las Constituciones antiguas decían que los frailes “debían alimentar la vida religiosa con el estudio y enriquecer y santificar el estudio con la vida religiosa”.*

El dominico estudia no sólo con la mente; estudia también con el corazón. Su dedicación a la búsqueda de la verdad no lo distrae de la contemplación, porque su mirada permanece orientada hacia Dios. El estudio que es animado por la caridad y que, sobre todo, es búsqueda de Dios, llega a ser una tarea sagrada y un instrumento de una más íntima comunión con Dios. “Preparados en el estudio de la doctrina sagrada -escribe el Maestro general Américo de Piacenza (1309)- esforzaos en ascender por la elevación de la mente a Dios”. Otro antiguo Maestro general, Hugo de Vauceman (1334), reafirma que el dominico “mientras se dedica asiduamente al estudio de la verdad, prepara los ojos de la mente, para la gozosa intuición de la divinidad”.

Estudio y vida apostólica

📖 El estudio de la verdad sagrada es necesario al dominico no sólo como contemplativo sino también como apóstol. Efectivamente el apóstol -escribe Santo Tomás citando a San Pablo (Tito 1, 9)- debe adherirse firmemente a la sagrada doctrina, es decir, poseer con seguridad la doctrina revelada, a fin de que sea capaz de rebatir a los contradictores. Se puede objetar -continúa Santo Tomás- diciendo que los apóstoles fueron enviados sin haber estudiado. Pero en este caso el Espíritu Santo les sugería aquellas cosas que los demás aprenden habitualmente en el estudio”.

Ciertamente el Espíritu Santo puede sustituir cualquier tipo de maestro y de estudio e inspirar directamente lo que el apóstol debe decir. Pero esto ocurre sólo en casos extraordinarios. La vía ordinaria mediante la cual el apóstol alcanza la verdad que debe enseñar es el estudio. Por esto Santo Domingo quiso el estudio como instrumento indispensable para formar al fraile predicador.

Domingo había estudiado en la Universidad de Palencia, pero siente la necesidad de que el apóstol se dedique a un estudio más profundo de la Sagrada Escritura, sobre todo cuando entra en contacto con la herejía. Los herejes eran personas bastante preparadas. Para combatir sus errores no era suficiente una predicación popular, se requerían apóstoles bien aguerridos, sólidamente preparados para rebatir sus argumentos. Por eso él tuvo el cuidado de mandar a sus primeros compañeros a "estudiar" en la Universidad de París y de Tolosa y quiso que sus frailes fueran “siempre asiduos en el estudio”, lo mismo que en "la oración y la predicación". En particular Domingo quería que estudiaran el Antiguo y el Nuevo Testamento.

En los primeros tiempos el estudio no estaba orientado a preparar profesores; estaba ordenado solamente a formar a los apóstoles. Sin embargo, muy pronto, la presencia de un clero intelectualmente impreparado y necesitado de ser instruido, así como la necesidad de instruir a sus propios religiosos, hicieron sentir la necesidad de tener escuelas propias y formar allí los profesores. De esta manera cada convento llega a ser una escuela; tanto que no se podía fundar un convento “sin doctor”, sin un profesor de ciencias sagradas.

Para que no hubiera equívocos acerca del valor del estudio en la Orden, al puro comienzo de las Constituciones se ha definido cuál es su significado en la vida del dominico: "**Nuestro estudio -se lee en el prólogo de las Constituciones primitivas- debe mirar principalmente y con ardor a la utilidad de las almas del prójimo**". El estudio tiene, pues, un gran valor, pero un valor instrumental. Para el dominico el estudio no debe ser jamás alimento de su propia ambición, ni un fin en sí mismo; el

estudio no está ordenado a formar simples cultivadores de la ciencia o de lo intelectual. Santo Domingo lo quiso como instrumento para mejor realizar la vocación apostólica.

Habida cuenta de la importancia que tiene el estudio en la vida del dominico, los superiores deben vigilar para que no llegue a descuidarse y deben facilitar el cumplimiento de este deber. Ya las Constituciones primitivas obligan a los "visitadores" a controlar si los religiosos son "asiduos en el estudio". Las mismas Constituciones dan a los superiores facultad para dispensar a los frailes de algunas obligaciones de la vida religiosa "especialmente en todo aquello que pueda impedir el estudio, la predicación y la salvación de las almas". La misma oración comunitaria se debe desarrollar expeditamente para no quitar mucho tiempo al estudio.

El estudio de la sagrada doctrina está ordenado por su misma naturaleza a la contemplación y a la actividad apostólica. Si el teólogo se dedica al estudio de la verdad sagrada, no para el bien de las almas, sino por un interés personal (por ambición, motivos de carrera...), entonces la verdad ya no es alimento vital de su espíritu. El teólogo que no ordena su propio estudio a la contemplación y al servicio de los hermanos -dice Santo Tomás- se degrada a sí mismo y desciende al nivel del filósofo. "Si uno estudia para saber y no para edificarse y crecer en el amor de Dios, sepa bien que él conduce a la vida contemplativa de los filósofos y no a aquella de la que tratan los teólogos".

Cuando la oración y el apostolado se consideran como un obstáculo para el trabajo intelectual, se puede sospechar que el trabajo intelectual no está ordenado a la contemplación y al ministerio apostólico, o al menos no lo está de una manera preponderante.

La dedicación al estudio de la verdad y el hábito de la reflexión dan a la piedad y a la vida del dominico una impronta inconfundible de austeridad, de seriedad y de sencillez; forman el carácter recto y equilibrado y preserva de todo sentimentalismo, de todo exceso y falta de madurez".

Contemplación y misión apostólica

El fin Propio de la Orden

📄 Dos son las acciones que caracterizan la "caridad de la verdad": la Contemplación y la comunicación del fruto de la contemplación. En la Orden dominicana la contemplación no es, como en el monaquismo, sólo una perfección personal; ella fructifica en la acción apostólica. La "caridad de la verdad" es amor a Dios, primera verdad, y amor al prójimo, a quien se comunica la verdad. Es hablar con Dios en la contemplación y hablar de Dios en el anuncio del mensaje evangélico: el "hablar con Dios o de Dios" de Santo Domingo. La "caridad de la verdad", por este motivo, no es un amor abstracto: es un amor vivo que urge a la acción, que apremia a comunicar a los demás aquella verdad y vida divina que ha sido asimilada en la contemplación.

El fraile predicador, como **Santo Domingo, asume "el oficio del Verbo"**. Su ejemplar es el Verbo, el cual -como dice Santo Tomás- no un verbo cualquiera sino el "Verbo que inspira el amor". La contemplación dominicana no es solamente luz que resplandece, es luz que ilumina, que se difunde, porque también es amor. "Iluminar escribe Santo Tomás- es mucho más perfecto que resplandecer solamente; asimismo es mejor comunicar a los demás los frutos de la contemplación que contemplar solamente".

Domingo descubrió su propia vocación apostólica cuando, atravesando el Mediodía, de Francia, entró en contacto con la herejía. "En cuanto advirtió -escribe el Beato Jordán- que los habitantes de aquella región desde hacía tiempos vivían en la herejía, comenzó a sentir una gran compasión por tantas almas que vivían miserablemente engañadas por el error". Desde aquel momento Domingo consagró totalmente su propia vida al anuncio del mensaje evangélico.

Domingo estaba animado por un gran celo apostólico. Sobre este punto son unánimes los testimonios de sus primeros compañeros. "El se afanaba con todas sus fuerzas por conquistar almas para Cristo - escribe el Beato Jordán- y sentía en su corazón una emulación casi increíble por la salvación de todos". Al Beato Jordán hace eco Fray Rodolfo de Faenza: "Estaba siempre ansioso de la salvación de todas las almas, tanto de los cristianos como de los sarracenos... jamás se vio persona alguna que tuviese tanto celo por las almas como él". Fray Guillermo de Monferrato añade : "Estaba lleno de amor solícito por la salvación del género humano más que cualquier otro hombre que, jamás hubiera visto, si bien había conocido muchos religiosos". Aún más: "Era muy asiduo en la predicación, celoso del bien de las almas, e invitaba a sus hermanos a hacer otro tanto"; "desbordaba de sentimientos

de compasión por el prójimo, para quien deseaba ardientemente la salvación. Personalmente él predicaba muy a menudo"; "deseaba ardientemente, la salvación de todas las almas, tanto de los creyentes como de los infieles. Y más de una vez me dijo que apenas hubiéramos organizado y dado consistencia a la Orden nos iríamos a tierras de los Cumanos para predicarles la fe en Cristo y conquistarlos para el Señor".

El celo ardiente de Domingo nace de su asiduo coloquio con Dios en la contemplación de los misterios divinos y del deseo de imitar a Cristo Salvador. Suplicaba al Señor que se dignara acrecentar en él la caridad "para velar y trabajar eficazmente por la salvación de los hombres, convencido como estaba de que sólo sería verdadero miembro de Cristo cuando se consagrara por entero a la salvación de las almas a semejanza de Jesús, nuestro Salvador, que se entregó totalmente para redimirnos".

Domingo, apóstol celoso, quería que sus hijos estuvieran continuamente dedicados a la oración y al ministerio de la predicación y que "de día y de noche, en casa y en el campo, en camino y en todas partes predicaran la palabra de Dios y no hablaran más que de Dios".

Naturalmente, al escribir esto, el obispo Fulco tenía presente la idea de Domingo y la actividad que este desplegaba ya junto con sus compañeros. El decreto del obispo de Tolosa no hacía otra cosa que darle carácter oficial a una actividad puesta ya en práctica por iniciativa personal de Domingo: extirpar la herejía y formar hombres en la virtud con la predicación y el ejemplo de una vida evangélica.

Desde un comienzo a Domingo le decían "el ministro de la Predicación". Fue el obispo Fulco quien por primera vez lo llamó "el maestro de los predicadores". En la primera expresión se manifiesta la actividad propia de Domingo: él es el ministro, esto es, el servidor de la palabra de Dios. En la segunda, "maestro de los predicadores", se expresa ya la relación con sus compañeros: Domingo aparece señalado como el maestro, el guía y el organizador de los predicadores.

El Papa Honorio III, en la primera carta dirigida a Domingo y a sus compañeros (21 de junio de 1217), inmediatamente después de la aprobación de la Orden, pone claramente en evidencia el carácter específico de su actividad. "Estos hermanos - dice - son los invencibles combatientes por Cristo, armados con el escudo de la fe y con la espada de la palabra de Dios. El Pontífice los exhorta a dedicarse totalmente a la difusión de la palabra divina "enseñando oportuna e importunamente y cumpliendo encomiablemente la obra de evangelistas". El mismo Pontífice en otra carta (11 de febrero de 1218) llama por primera vez a la nueva Orden la "Orden de los Predicadores". El nombre pone de manifiesto el fin propio de la Orden. El Beato Humberto dice expresamente que la Orden ha tomado el nombre de su propio fin: "La predicación - escribe - es el fin propio de la Orden de los Predicadores".

En las primeras Constituciones se lee que “la Orden, desde sus primeros días, fue instituida específicamente para la predicación y salvación de las almas”. El Beato Humberto explica que los dos fines se diferencian en esto: el primero es el fin específico de la Orden; el segundo es el fin común. El primero está ordenado al segundo.

El fin propio de la Orden viene a ser, de esta manera, como el calificativo de la actividad apostólica de Domingo y sus compañeros, a quienes Honorio III define (4 de febrero de 1221) como "totalmente dedicados a la evangelización de la palabra de Dios". Gregorio IX, unos años más tarde, (2 de octubre de 1231) reafirma que los dominicos están “especialmente dedicados” al ministerio de la predicación.

La "predicación" dominicana se ha de entender, naturalmente, en sentido genérico. No significa solamente predicar, sino también ensayar y en general defender y difundir la verdad de la fe con la palabra y con las obras. El apostolado dominicano es multiforme: apostolado de la palabra y de la pluma, del púlpito y de los encuentros personales; apostolado entre los doctos y entre los ignorantes; apostolado científico y popular. "Enseñamos a sabios e ignorantes - escribe el Beato Humberto- a clérigos y laicos, a nobles y plebeyos, a pequeños y grandes".

El apostolado dominicano es variado en sus formas. Lo que no debe faltar nunca, para que sea verdaderamente dominicano, es la impronta propia: el culto a la verdad, intensamente contemplada y fielmente vivida y anunciada. Todos pueden ejercer un auténtico ministerio dominicano con tal que lo hagan como dóciles discípulos de la verdad. La sabiduría no es privilegio de los doctos, sino de los santos. La hermana dominica que enseña catecismo a los niños es una hermana predicadora.



2.- FUNDADOR DE LA ORDEN

☞ “Desde la muerte del obispo de Osma hasta el Concilio de Letrán, transcurren casi diez años, durante los cuales fray Domingo permanece casi solo en la región.” De vez en cuando algunos compañeros hacían camino con él pero “sin vincularse a él por obediencia”, hace notar Jordán. Entre ellos Guillermo Claret y un español, fray Domingo que entrará en la Orden.

¿La Orden? Aún no existe. Pero Domingo ¿no piensa en el momento en que él se consagra con todas sus fuerzas al ministerio de la predicación? Eso apenas nos extrañará, a nosotros que conocemos el final de la historia. En Domingo, la preocupación de la institución y el ministerio no se hacen competencia jamás, muy al contrario: hay ahí una mentalidad que comunicará a sus frailes y que, más tarde, no siempre se supo mantener con tanto equilibrio.

Cuando la ciudad de Toulouse encuentra de nuevo una paz relativa, cuando los obispos se ponen en camino hacia Roma donde va a celebrarse el Concilio de Letrán, se toma la decisión. El 25 de abril de 1215, después de ese largo Viernes Santo de Fanjeaux, en la alegría de la liturgia pascual, dos tolosanos “distinguidos y capacitados”, Pedro y Tomás, hacen la profesión en manos de Domingo. Ha nacido la Orden de Predicadores.

Habiendo hecho su profesión Pedro y Tomás, Domingo se instala con ellos en su casa: comienzan a “descender los grados de humildad y a conformarse con las costumbres de los religiosos”. Domingo es atormentado por la urgencia de la predicación, la compasión le hiere. Sin embargo, no pierde de vista que la Iglesia tiene necesidad de religiosos. En historia de la Iglesia, en espiritualidad, en teología, las palabras se cargan de nuevos matices según la época en que se las emplea.

A los ojos de Domingo y según su corazón, un religioso es un hombre que, asumiendo la tradición espiritual de los “hombres de Dios” –ha hecho aquí alusión a la regla de San Benito- vive la pobreza hasta el extremo, llora sobre el mundo y grita el Evangelio de la salvación. Él es hombre de misericordia. Nunca va solo. Siempre con un compañero, su socio, manifestará así en la práctica la caridad que ha de ser la nota dominante de su discurso, sea cual sea el tema. De sus predecesores, guarda el nombre cambiando el modelo.

Este género de vida, Domingo la ha vivido, lo quiere para él y para sus frailes. Le falta, por ahora, la bendición y la aprobación de la Sede Apostólica. Parte pues para Roma con el Obispo de Toulouse, Fulco, que se dirige al Concilio. De común acuerdo desean que “el Papa quiera confirmar, en beneficio de Domingo y sus frailes un modo de vida religiosa que se llamará y será de los Predicadores; que confirme igualmente las rentas asignadas a los frailes por el conde de Montfort y por el Obispo”. El Padre Vicaire hace notar: “Hay que pesar el sentido de estas palabras que Jordán de Sajonia no emplea al hazar. Confirmar no es aprobar. Es

exactamente volver más firme. El que confirma en esta época no innova ni da: manifiesta solamente la existencia de una institución o de un don anterior a los cuales él concede por su intervención una mayor solidez. Es así como se confirma una elección ya validada, un estatuto ya obligatorio o válidamente constituido.

Más allá del carácter estrictamente jurídico de la confirmación hay un trámite propiamente espiritual que es del orden del reconocimiento de un carisma. En el origen de la vida religiosa, cualquiera que sea su forma, siempre hay un hombre carismático que ve un camino o una necesidad y que hace escuela para una, más o menos larga duración. La jerarquía interviene para discernir si una tal empresa viene de Dios y en este discernimiento, a menudo tiene en cuenta el modo en que cuyo grupo es percibido por el pueblo de Dios. Una vez cumplido el discernimiento, la confirmación estabiliza al grupo, sostiene sus objetivos y contribuye a integrar esta nueva célula en el conjunto del Cuerpo de Cristo y a su servicio. Tales empresas han conocido modos de ejecución muy diversos en el curso de la historia de la Iglesia. En el caso de Domingo, se podría avanzar que la instancia de discernimiento fue local; es Fulco quien fue el actor de ello, mientras que la instancia de confirmación fue resorte del Papa por una voluntad deliberada de Domingo y de su obispo al mismo tiempo que por conformidad con la eclesiología del tiempo.

Fulco y Domingo llegan al Concilio. Entre las numerosas resoluciones aprobadas por esta asamblea, varias conciernen a los religiosos; una ha de alegrar al fundador y la otra a inquietarle. La primera insiste en la necesidad para cada Iglesia particular de darse predicadores además del Obispo, del cual era hasta entonces la tarea primordial. La segunda pedía que se pusiera fin a la multiplicación de nuevas Ordenes; es verdad que la situación se hacía inquietante. Hay que añadir que la herejía meridional se había constituido en objeto de las preocupaciones del Concilio, por razones tanto materiales como espirituales y el conde de Toulouse estaba presente en Roma en aquel momento.

Terminado el Concilio, Inocencio III se ocupó de nuestro asunto. La Orden fundada por Domingo no cae exactamente bajo el golpe del texto que concierne a las nuevas Ordenes, puesto que ha sido aprobado por Fulco antes del Concilio; en vista de la confirmación y para no tratar a la ligera la inquietud de los Padres reunidos en Letrán, Inocencio III **“invitó a fray Domingo a volver junto a sus frailes, a deliberar plenamente con ellos sobre este asunto. Después, con su unánime consentimiento, votar alguna regla aprobada”**. El Obispo les asignaría entonces una Iglesia. Finalmente, fray Domingo volverá a encontrar al Papa y recibirá confirmación sobre todos los puntos.

LA CONFIRMACIÓN DE LA ORDEN

📖 En las gestiones de confirmación los métodos de la Sede apostólica varían de un fundador a otro. Aquí se propone a Domingo un procedimiento que se parece extrañamente a los Capítulos Generales posteriores. Él quiere fundar, ha fundado. Antes de ir más lejos, que reúna a los frailes, que entre ellos deliberen sin coacción, que juntos asientan a las decisiones que sean puestas en el orden del día, en particular la elección de una regla, y solamente después intervendrá la confirmación pontificia.

Entre los Predicadores se estimará este adagio del derecho antiguo: *“Lo que concierne a todo el mundo debe ser tratado por todos y por todos decidido”* Domingo ya lo consideraba y aquí tenemos la prueba. En efecto, es difícilmente aceptable pensar que el Papa haya propuesto este procedimiento contra el agrado de Domingo. Toda la historia de las relaciones del fundador de los Predicadores con la Sede apostólica contradice una tal hipótesis. Por el contrario se puede pensar que este hombre, formado en la regla de San Agustín y practicándola después de una veintena de años encuentra este trayecto muy natural. Los lectores modernos del *Libellus* ven en él la democracia dominicana. Sin contestarlo, hablaré más gustoso de “conciliaridad”, por utilizar un término que los teólogos rusos han puesto de moda y que recupera una realidad aún muy presente entre los espirituales medievales de Occidente. Si la conciliaridad implica en efecto una estricta democracia, evoca también un clima espiritual, es decir, inspirado por el Espíritu, en conformidad de los corazones, de los espíritus, incluso de los comportamientos, que atestiguan que Dios está presente, que es El quien inspira las decisiones a los que están reunidos en su nombre.

Domingo y sus frailes escogen de común acuerdo la regla de San Agustín que precisan por algunas costumbres de mas estrecha observancia. El primer punto apenas sorprende. Domingo practica esta regla desde hace casi 20 años; ya lo hemos dicho. El ha saboreado todo el sabor comunitario; el gran soplo de caridad que le inspira y le anima. Además, Agustín reside en Occidente, una figura de gran predicador a semejanza de Crisóstomo en Oriente. Era casi natural ponerse bajo su patronazgo y los Predicadores ya no serán los únicos en hacerlo durante el transcurso del siglo XIII.

De paso, los frailes –eran unos 16- dejan la casa de Pedro Seila para ocupar el convento de San Román, donde construyen celdas cómodas para dormir y, es una novedad, para estudiar. Cuando Domingo vuelve a Roma un año más tarde, Honorio III confirma la Orden de nuevo; es el 22 de diciembre de 1216.

Una anécdota y una leyenda rodean la confirmación de la Orden. Ellas nos aclaran, la una y la otra, la mentalidad de estos primeros frailes.

La anécdota trata del título dado a los frailes. En el transcurso de esta estancia en Roma, en que Domingo parece frecuentar asiduamente la Curia, fueron promulgadas cuatro bulas, el 19, 20 y 28 de enero de 1217. Una, dirigida a los estudiantes y a los maestros parisinos para invitarlos a ir al Sur, menciona por primera vez el nombre de los **“predicadores”**; esta bula, cuyo original se encuentra en Carcasona, lleva esta apelación por encima del adjetivo raspado “predicante”. Los memorialistas imaginaron un diálogo de gramática teológica entre el Papa y su notario y atribuyen a una inspiración de este último el nombre de predicador que los frailes deseaban. Conociendo a Domingo, la cordialidad de sus relaciones con el Papa, sin duda se puede atribuir esta tachadura a su intervención personal.

En cuanto a la leyenda, que viene de Constantino de Orvieto, incluso inspira una vidriera de la habitación de Santo Domingo en Fanjeaux; ha salido de un sueño de Santo Domingo. Está en Roma en la basílica de San Pedro y San Pablo. Los apóstoles le tienden un bastón y un libro con estas palabras: “Ve y predica, pues Dios te ha escogido para este ministerio”. La visión se desenvuelve como un ritual de ordenación, las órdenes sagradas: la entrega al predicador de los instrumentos del apóstol: el bastón de la itinerancia y el libro de los Evangelios; la palabra de institución: **“Ve y predica”**; **la persona de los consagrados: las dos columnas de la Iglesia universal. “Entonces, en un instante, le pareció ver a sus hijos dispersos por el mundo entero yendo de dos en dos a predicar al pueblo la palabra de Dios.**



La vida apostólica

📖 La contemplación -decíamos antes- no es un medio con relación a la acción apostólica, es su propia fuente. Para Santo Tomás, -a quien podríamos considerar como el intérprete más genuino del pensamiento de Santo Domingo- la vida apostólica no se contrapone a la contemplación sino que es una fusión de contemplación y acción. En la vida dominicana el dualismo de acción y contemplación se ha superado no sólo en los efectos sino en la misma estructura de la unidad de la vida apostólica, donde la acción fluye de la contemplación. La vida apostólica del dominico es contemplación que fructifica en acción, es acción que brota de la plenitud de la contemplación.

El celo apostólico es como una consecuencia necesaria de la contemplación. Brota del conocimiento vital del Dios hecho hombre y de la contemplación del plan divino de la salvación universal.

En consecuencia, la vida dominicana, el proyecto de Santo Domingo, consiste en el anuncio del mensaje evangélico, en cuanto desbordamiento de la contemplación; en otras palabras, es la contemplación que de su plenitud desborda para la salvación de los hombres. Para el dominico la contemplación es algo notablemente dinámico, algo así como una fuerza que empuja. Dante diría "la profunda veta" que "apremia"; es la caridad de Cristo que urge (2 Cor 5, 15); es la "caridad de la verdad", desbordante por naturaleza.


La contemplación en la vida del dominico no es un acto, sino un sistema de vida; no es sólo preparación para el apostolado, como generalmente se piensa, sino que es el agua viva que nutre continuamente la acción apostólica. La vida del apóstol es una oración continua. Realiza aquel orar "incesantemente" querido por Pablo (1 Tes 5, 17; Cf. Rm 12, 12).

Cuando se dice que Santo Domingo dedicaba el día al prójimo y la noche a Dios, o que no hablaba sino con Dios o de Dios, no hay que pensar en una distribución de su tiempo en una simple división de sus obligaciones, ya que cuando estaba con sus hermanos también su mente estaba dirigida hacia Dios, y cuando entraba en contacto con Dios en la oración su corazón estaba con sus hermanos, para quienes suplicaba la misericordia del Señor. Sea que ore o contemple, sea que predique o se acerque a sus hermanos, es Dios quien siempre ocupa el primer lugar. La razón de ser de su contemplación y de su acción es Dios. La acción es guiada siempre por la luz de la contemplación.

Así como Cristo estaba siempre atento a la voluntad del Padre y aun estando con los hombres nunca dejó de estar con el Padre, así el dominico está constantemente

en comunión con Dios. En el silencio, en la meditación, en la contemplación, el Padre le sugiere el modo más conveniente para llegar al corazón de los hermanos e indicarles el camino de la salvación. El apóstol del Evangelio debe poder decir con el Maestro: "Mi doctrina no es mía sino de Aquel que me ha enviado" (Jn 7, 16). "Yo os digo aquello que he visto junto a mi Padre" (Jn 8, 38). "Yo no he hablado por mi cuenta, sino que el Padre que me ha enviado me ha mandado lo que tengo que decir y hablar... Por eso las palabras que yo hablo, las hablo como el Padre me lo ha dicho a mí" (Jn 12, 49-50).

Apostolado y vida

 La acción apostólica del dominico gira siempre sobre dos elementos: la enseñanza de la verdad y el testimonio de la vida evangélica. Santo Domingo antes que ser maestro de la palabra es maestro de vida. Para él el estudio de la Sagrada Escritura no se reduce a una verdad abstracta sino que se traduce en obrar el bien: Inmediatamente siente la necesidad de transformar en vida la luz de la verdad que ha conquistado en el estudio, en la meditación y en la contemplación de los misterios de Dios. "Durante los estudios -escribe el Beato Jordán- bebía con tanta asiduidad y avidez en los arroyuelos de la Sagrada Escritura... Y las cosas que aprendía con tanta facilidad... las irrigaba con sentimientos de piedad, haciéndolas germinar en frutos de buenas obras".

A la época de su estadía en Palencia se remonta el episodio de la venta de sus propios libros y de "todos sus enseres", durante una angustiosa penuria, con miras a "aliviar la miseria de aquellos que morían de hambre". Fue en aquella ocasión cuando dijo que "no quería estudiar sobre pieles muertas mientras hubiera hombres muriendo de hambre". A la misma época de sus estudios se remonta también aquel gesto de caridad, recordado por sus primeros biógrafos, cuando se ofreció en venta para rescatar a un joven prisionero de los sarracenos.

Para la Iglesia Domingo es, ante todo, un hombre apostólico, aquel que ha "iluminado" al pueblo de Dios "con sus méritos y doctrina" (Liturgia de la fiesta del Santo), esto es, con el testimonio de su vida y la sabiduría de su palabra. Domingo fue realmente varón evangélico, testigo auténtico del mensaje de Cristo, a quien anunció primero con su vida y luego con su palabra.

El testimonio de una vida totalmente conforme al mensaje evangélico es para el dominico una consecuencia inmediata de su vida de contemplación, y condición absoluta de la fecundidad de su acción apostólica. El apóstol de la verdad divina se debe a la verdad total: la verdad de la inteligencia y la verdad de la vida: la verdad

que es humildad, coherencia, veracidad, simplicidad, lealtad, sinceridad y franqueza.

Una vida en conformidad con el mensaje de Cristo es ante todo una consecuencia de la vida contemplativa. El don de la sabiduría es la guía de la vida. "La sabiduría - dice Santo Tomás - dirige los actos humanos conforme a las leyes divinas", lo cual consiste en dejar pasar a la práctica de la vida diaria la luz de la verdad contemplada. Quien vive en íntimo contacto con Dios, quien contempla el amor y la santidad de Dios, no puede dejar de regular con la caridad todos sus propios actos. El amor y la amistad con Dios, surgida de la contemplación, llevan a la imitación de Dios, a tener los mismos sentimientos de Cristo, a observar sus mandatos, a imitar en lo posible su actitud con relación al Padre y a los hermanos. "Quien dice que conoce a Dios y no guarda sus mandamientos es un mentiroso y la verdad no está en él" (1 Jn 2, 4).

El testimonio de una vida evangélica es condición indispensable para que la acción apostólica no sea estéril, sino que produzca frutos de vida eterna. La palabra de Dios no es una verdad cualquiera, ni un pensamiento abstracto; a diferencia de la palabra humana, es también vida, está ordenada a la salvación, a acrecentar la fe de los creyentes y a preparar el ánimo de los que no creen a la acción de la gracia. La verdad que salva no puede conquistar a los demás si antes no ha conquistado al predicador. La verdad que se estanca en la inteligencia y no se convierte en vida, no puede ser luz y vida para los demás.

